

LA CATEDRAL MUERTA

POR LEOPOLDO LUGONES

Reims, agosto de 1921.

Si la catedral de Arras es la ruina trágica, la de Reims es la ruina lúgubre. En lo trágico hay siempre algo que combate; pero el cadáver de la catedral aplasta a Reims bajo su destrozo. Hay otras, más anonadadas aún, como la de Soissons, que no es sino un espectro, como la de Ipres, que apenas es una sombra...

La catedral de Reims agrega al horror de la muerte la realidad del cadáver. Su destrucción conserva la violencia del asesinato. Aquellas dos últimas que acabo de citar, montones de piedra grisácea, parecen más bien escombros volcánicos de insípida desnudez, como huesos fósiles bajo la calcinación solar. La de Reims conserva en sus cavidades bastante sombra para ser, como he dicho, lúgubre. Flota en ella todavía un resto de alma desolada. Sus tremendas brechas son heridas que aun sangran; sus fracturas brutales aguzan esquilas en que se desgarran el dolor; sus manchas fomentan un negror de gangrena. Los pedazos de bóveda parecen prolongar el eco de las explosiones y la alarma de la catástrofe. Las estatuas de los portales y de los nichos exteriores donde hacían contrapeso a la carga del botarel, son a su vez gigantescos cadáveres de piedra. Reconozco en ésa a la que el casco de obús arrancó toda la cara, uno de los reyes del pórtico occidental. Aquí, puestas en el suelo, aisladas de su grupo, se advierte que eran verdaderos colosos regulados a la proporción natural por esa armonía del conjunto que es el fundamento estético, o mejor dicho la razón vital de todo arte, principalmente la arquitectura y la música. Allá, entre otros escombros, sobresale el cuadril de uno de aquellos enormes carneros de piedra que en la alta cornisa del sur alegorizaban el místico pastoreo y sobre cuyo tipo escultural, de un realismo

local perfecto, como todas las reproducciones naturales de los artistas góticos, pude comprobar en 1912 que el morueco remense, igual a nuestros



EL INCENDIO DE LA CATEDRAL DE REIMS

Dibujo de G. FRAIPONT, según el croquis de un testigo.

(L'Illustration, París).

merinos, hallabase formado en el siglo XIII, si no prolongaba naturalmente la ilustre procedencia romana en que radica su calidad el congénere español: pues así estas catedrales con que el pueblo glorificaba en acto de fe su esfuerzo máximo, eran las enciclopedias donde se contenían religión, naturaleza, arte, industria, ciencia e historia. Por esto el templo magnífico en la ciudad pequeña que ponía siglos para construir «su» catedral, libro parlante de los que no sabían leer, pues era ante todo una biblia de piedra, museo de historia natural, galería de

arte, glorificación decorativa de los oficios, celebración de la ciencia por la belleza de la arquitectura, sala de conciertos, teatro, hospicio, aula de consejo con la predicación, asilo contra todos los males, socorro en las peores cuitas, defensa y vigilancia desde la colina fundamental que dominaba, altísima y resplandeciente sobre los caminos; centón inagotable de cuentos y de moralejas en la profusión de la alegoría; realización de la quimera con la magia que a diario inventaba el sol en las vidrieras de colores; remonte del ensueño en las místicas alas que le daba la exhalación del incienso; tesoro de los primores y las reliquias que de remotos países y mares legendarios traían como ofrenda los viajeros, y además de santuario, sede de política donde se consagraban los reyes. Así la catedral, y ésta de Reims entre todas, fué el centro, al propio tiempo que la síntesis, de la civilización cristiana en el momento de su máximo esplendor, lo cual define su incalculable valor histórico. La catedral es la historia viviente de la Edad Media. Por esto, destruirla es matar. Matar no sólo el cuerpo sino el alma de una civilización completa, que fué la de los pueblos crédulos y obedientes: civilización tanto más preciosa para nosotros cuanto que al constituir nuestro inmediato antecedente histórico, resulta la clave de la vida que vivimos. Racionalistas, que es decir desobedientes, la historia de los dioses nuestros, o si se quiere el estudio de la organización social bajo el concepto religioso, ad-

quiere para nosotros una importancia singular. Por ellos averiguamos que el monoteísmo es la transfiguración mística de la monarquía absoluta o autocracia: un instrumento de sujeción, incompatible con la libertad; pero también que no hay congregación humana posible, como estado espiritual, sino en torno de un ideal trascendente. La anarquía sobreviene cuando falta a los hombres el concepto de trascendencia. Porque la serenidad es un estado espiritual, no una satisfacción física. El paganismo greco-romano la alcanzó mejor y por más largo